

La Mujer como un Ser Eucarístico: La Naturaleza de lo Femenino. Un ser Eucarístico es una persona que ofrece su vida activamente mediante la elevación de su ser y toda la vida que lo rodea al Padre Eterno en el Santo Sacrificio de la Misa. La manifestación masculina de una vida Eucarística consiste en la disposición particular del hombre a amar de una forma sacrificada entregando su ser por el bien de crear nueva vida. Para lo femenino, la vida Eucarística también contiene la dimensión de sacrificio, pero es algo que es recibido primero. En esto radica la vida Eucarística en particular para la mujer, en saber, que es el receptor de la vida de Dios quien a su vez difunde al mundo una emanación de un amor sacrificado.

El regalo de Dios ofrecido a la humanidad es la participación en la Vida Divina, la verdad y comunión eterna que Dios nos ofrece por los siglos de los siglos. Pero la humanidad debe recibir el regalo de Dios. Es el acto por excelencia de la humanidad, el recibir a Dios. La Santa Virgen María, la Esposa del Espíritu Santo, fue “formado por el mismo Espíritu y ver sin darse cuenta que la actividad más fructífera de la persona humana es ser capaz de recibir a Dios.” (The Wellspring of Worship, Jean Corbon, 1988, 21)

La mujer esta dotada de una capacidad especial para aceptar al ser humano en su forma concreta. Incluso esta característica particular que la prepara para la maternidad, no solamente físicamente pero también emocionalmente, psicológicamente y espiritualmente, es inherente en el plan de Dios, quien encomendó al ser humano a la mujer de una manera especial, (cf. St. John Paul II, *Angelus*, July 23) pues a través de su instinto maternal, ella libera al hombre y a la mujer para madurar y convertirse en un vaso para que Dios habite en su interior.

“La Biblia exalta a la mujer como el instrumento preeminente de la receptividad espiritual en la naturaleza humana.”

- Es la mujer que recibe la promesa de la salvación en la Anunciación.
- Es la mujer a la cual el Cristo Resucitado primero se aparece.
- Es la mujer la primera creyente en la Resurrección.
- Es la mujer que está adornada con el Sol y representa a la Iglesia.
- Es la mujer que representa al Celestial Jerusalén.
- Es la mujer que representa la imagen de la Iglesia.
- Es la mujer que da carne y sangre al Hijo de Dios sin el hombre.



Entonces, es la mujer que personifica más perfectamente la dimensión de la religión de la naturaleza humana, la cual es recibir a Dios. Se puede decir que la meta de la vida cristiana es hacer cada ser humano madre para poder darle nacimiento a Jesucristo en su alma. “La santificación es el trabajo del Espíritu Santo quien trae el nacimiento milagroso de Cristo en lo profundo de nuestra alma.” (Corbon, 35). Este es el camino del cristiano para sanar, para convertirse en un ser completo, para la vida eterna. “El Nacimiento de Jesucristo es el tipo perfecto de carisma que todas las mujeres son llamadas a manifestar en sus corazones de hombre y mujer, para darle nacimiento a Dios en las almas arruinadas” (Corbon, 35). Esto es precisamente porque San Pablo expresa su espiritualidad paterna en términos maternos: Yo debo padecer todos los dolores de parto. (Gal 4:19)

Entonces, el carisma particular de la mujer como un ser Eucarístico es recibir a Dios, quien una vez haga Su morada en el alma puede permitir a la mujer convertirse en una fuente de amor sacrificado. Todo esto ocurre en el acto de adoración que es la Eucaristía. Es el hombre que se ofrece el mismo como sacrificio a Dios, es la mujer que recibe la eficacia de ese sacrificio de Dios y lo difunde nuevo en el corazón del hombre. El hombre está ontológicamente ligado a Jesucristo. La mujer representa el altar que recibe el sacrificio y en el cual el sacrificio es ofrecido. La mujer es la oración, “The Orant”, la que se convierte en oración – esto es comunión con Dios, intimidad con el Señor. Esta escena es familiar para ti. Jesús le dijo a Marta, “María he elegido la mejor parte, y nadie se la quitará” (Lc 10:42) El sentarse y escuchar a Dios es un regalo que le es más fácil y rápidamente a la mujer porque ella es la recibidora. El hombre es el sacrificador – el sacerdote es quien interviene (mediador) entre Dios y la humanidad. La mujer es la oración, “The Orant”, que representa a toda la humanidad que es innatamente religiosa, pero ahora esta infundida con el Espíritu de Dios. La mujer recibe el regalo de Dios, la eficacia del Sacrificio de Cristo, y se lo devuelve a Dios haciéndolo un puro y perfecto ofertorio, un regalo total del ser. Además, como madre, ella cubre toda la vida con su protección maternal (Nuestra Señora). Y después ella toma la vida como se la encuentra y la eleva al Padre en la Eucaristía. Ella es, como si fuera, una colaboradora con el trabajo del Espíritu Santo, quien santifica todo. Por eso es que toda la humanidad, hombre y mujer, tienen que abrazar la maternidad, porque todos están llamados a participar Devotamente ofreciendo la vida a Dios en y a través de la Eucaristía. (Corbon, 37) La mujer completa el acto de sacrificio del hombre y lo recíproca. La mujer y el hombre están intrínsecamente conectados, creados por Dios a su Semejanza, refractando Su gloria más brillante cuando están en comunión. El diseño de Dios del hombre y la mujer es verdaderamente una maravilla realizada y perfeccionada en nuestra adoración de la Eucaristía. Para convertirse en un ser Eucarístico, la mujer debe escavar profundo en el misterio de Cristo imitando a la Santa Virgen María y siendo la que reza, recibe, difundiendo todas la gracias a través de su adoración y vida.

Padre Alejandro E. Valladares
Párroco de St. Bede